

RE-SIGNIFICACIÓN DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS DESDE LA LAUDATO SI

Hna. Mercedes L.
Casas Sánchez, F.Sp.S.*

* Es religiosa Hija del Espíritu Santo. Nació en el puerto de Ensenada, B. Cfa., México, el 7 de abril de 1960; es la cuarta de seis hermanos, uno de ellos es religioso marista. Estudió con las Hijas del Espíritu Santo, en donde sintió el llamado de Dios. Ingresó a la Congregación en 1974 y emitió sus primeros votos en 1977. Se recibió de maestra normalista y después realizó el bachillerato en Filosofía con la Universidad Pontificia de México y el de Teología con la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma; adelantó una maestría en Patrología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fue profesora de educación en la fe en primaria y secundaria y maestra de postulantes y novicias; coordinadora y profesora del Instituto Inter-religioso de formación de la CIRM; fue enviada a iniciar una comunidad en El Alto, Bolivia, y Santiago de Chile. Es la Superiora General de su comunidad desde 2005, fue reelegida en el último Capítulo General. Fue Vicepresidenta de la CLAR y de la CIRM. En la XVIII Asamblea General de la CLAR fue elegida como Presidenta y re-elegida en la XIX Asamblea de la CLAR para el trienio 2015-2018.

La palabra resignificación me parece emocionante. Es una invitación a despertar los anhelos del corazón, a la creatividad, a la audacia; y al mismo tiempo es invitación a tocar lo esencial, la raíz, aquello que les da fundamento, solidez, y sentido profundo a los consejos evangélicos que intentamos vivir en el cada día de nuestro seguimiento de Jesús.

Alguna vez leí que los consejos evangélicos que asumimos con voto público, son en realidad el anhelo de vivir al estilo de Jesús... un anhelo que no acaba nunca de concretizarse, que se va encarnando cada día, que se va traduciendo poco a poco en actitudes, en compromisos, en vida. Un anhelo que sabe de fragilidades, de torpezas, de miserias humanas, y que también se ha sentido impulsado, alimentado y sostenido continuamente por la gracia del Espíritu, sin la cual no sería posible vivir los consejos evangélicos en libertad y alegría.

Atraverse a una resignificación de los consejos evangélicos es apasionante, ya que es hermoso ponerse a discernir lo que hoy el Espíritu y el mundo nos piden. Nuestro querido Papa Francisco

nos hace ya la invitación con ocasión del Año de la VC:

“Espero que toda forma de vida consagrada se pregunte sobre lo que Dios y la humanidad de hoy piden”.¹

Después de leer la *Laudato Si* (LS), ciertamente se amplía la visión, se redimensionan los consejos evangélicos. La resignificación parte de una mirada contemplativa de la persona de Jesús, nuestro Señor, quien ha sido y siempre será nuestro horizonte inspirador.

Uno de los Horizontes de Novedad de la CLAR para este trienio se refiere a la resignificación de los votos: *“Implementar una real resignificación de los consejos evangélicos; ellos marcan nuestras relaciones con el Padre, con los demás, con la madre tierra y con nosotros mismos. Por eso hay que resignificarlos a la luz del Evangelio y de la memoria profético-martirial de nuestros pueblos que claman por una VC pobre, para los pobres, con los pobres,*

desde los pobres, de los pobres”.² (CLAR, HI 2015-2018, pág. 22-23).

Resignificar es una palabra que nos pone en búsqueda. Es darle un nuevo significado a lo que ya vivimos y necesita ser releído de acuerdo al hoy, a sus urgencias, a nuestro contexto. Se trata de desempolvar lo más genuino de lo que ya vivimos, redescubrir su profundidad, redimensionarla y dar un paso hacia adelante.

Cuando en la CLAR nos propusimos este horizonte de resignificar los consejos evangélicos³, se despertaron sueños, aparecieron los desafíos. Comenzaron a moverse muchas cosas... Ante una VC donde se palpa más el envejecimiento, la disminución, una misión poco significativa, comunidades fragmentadas por las relaciones interpersonales, se siente la necesidad de resignificarse. Esta resignificación tiene algo que ver con lo que hasta hace poco nombrábamos como el “reencantar” o devolverle a la VC todo su encanto.

¹ PAPA FRANCISCO, *Carta Apostólica a todos los Consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*, Roma, 21 de noviembre 2014.

² CLAR, *Horizonte Inspirador 2015-2018*, pp. 22-23.

³ Mensaje final del Congreso de Vida Consagrada, Bogotá, Colombia, 18 a 21 de junio de 2015, inciso c: *“Una resignificación de los consejos evangélicos, a la luz del Verbo de Dios que se encarna y entrega su vida en la cruz, y de la escucha de la Palabra, llevará a la persona consagrada a la libertad, la gratitud-gratitud y la compasión”*.

Uno de los clamores que con más fuerza estamos escuchando como VC es el de abrirnos al tema de la ecología integral: “*Enfatizar y abrirse al tema de la Ecología integral desde una conversión que permita el reconocimiento de la sacralidad de lo creado y la interdependencia mutua entre todas las criaturas, para que, por medio de nuestra praxis del cuidado de la casa común, los más débiles, tanto humanos como otros seres, se amparen y vivan plenamente*”⁴.

Es por eso por lo que esta sencilla reflexión quiere hacer un intento de resignificación de nuestra VC a la luz de la hermosa y confrontadora encíclica de LS, sin querer forzar demasiado el texto, se tomarán algunos elementos que ayudarán a hacer esta reflexión.

Hay varios caminos para hacer la resignificación, pero el hacerlo desde esta dimensión ecológica no es un simple camino más, sino que es algo que se impone por el hecho de que la VC se encarna en cada etapa de la historia que le toca vivir, y el actual momento

histórico está marcado fuertemente por este clamor ecológico. No tomar en cuenta esta mediación sería correr el riesgo de una VC “a-histórica”, muy lejana a los profundos clamores de la humanidad y de la tierra, a los clamores de nuestra Casa Común.

Los consejos evangélicos y su dinamismo trinitario

El documento *Vita Consecrata* nos dice que los consejos evangélicos son un don de la Santísima Trinidad⁵, y que la VC “...se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia...”⁶. En la medida en que referimos los consejos evangélicos al Misterio Trinitario se va revelando su sentido más profundo. “En efecto, son expresión del amor del Hijo al Padre en la unidad del Espíritu Santo. Al practicarlos, la persona consagrada vive con particular intensidad el carácter trinitario y cristológico que caracteriza toda la vida cristiana”⁷.

La encíclica *Laudato Si*, cuando habla de *la Trinidad y la relación*

⁴ CLAR, *Horizonte Inspirador 2015-2018*, pág. 10.

⁵ *Vita Consecrata (VC)*, n. 20

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, n.21

entre las creaturas⁸, nos habla del Padre como fuente, fundamento amoroso; del Hijo que lo refleja y quien se une a nuestra tierra; del Espíritu Santo que está presente en el corazón del universo, quien anima y suscita nuevos caminos⁹. Si la VC es don de la Trinidad, si es anuncio, huella, referencia, y expresión trinitaria, entonces significa que está llamada a vivirse desde su fuente, a fundarlo todo en el amor, a ser reflejo del modo de existir y actuar del Hijo y vivir en el corazón de la historia animando y suscitando caminos nuevos de Reino al impulso de la *Ruáh* Divina. Aquí podemos encontrar una primera resignificación.

La VC es un “espacio humano habitado por la Trinidad”¹⁰, por lo tanto, como todas las creaturas, “lleva en sí una estructura propiamente trinitaria”¹¹, desde ahí aprende a ver toda la realidad, así como a relacionarse con el universo y con todas las creaturas.

En la medida en que la VC asume este “dinamismo trinitario” en esa medida crece, madura y se santifica: “porque la persona

humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas”¹². Esta madurez relacional poco a poco va concretándose en lo que *LS* llama una “solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad”¹³.

Una VC que vuelve su mirada a la Trinidad, lejos de desvincularse de la realidad, se va introduciendo más y más en el misterio de la Encarnación; se va uniendo y estrechando más a esta tierra, como lo hizo el mismo Hijo de Dios.

Con este presupuesto trinitario paso ahora a tratar cada uno de los consejos evangélicos y su resignificación desde *LS*.

I. Castidad consagrada

El consejo evangélico de la castidad nos hace mirar a la totalidad del amor expresada en la entrega del corazón. En el *Shemá* del Deuteronomio está la invitación a amar al Señor nuestro Dios “con todo el corazón” (Dt 6, 5),

⁸ *Laudato Si* (LS), n.238

⁹ Cf. *Ibid.*, n.238

¹⁰ VC, n. 41

¹¹ LS, n. 239

¹² *Ibid.*, n. 240

¹³ *Ibid.*

es decir, con todo nuestro ser. La virginidad consagrada, es un carisma del Espíritu que nos va identificando con Jesús, célibe por el Reino de Dios, y nos lleva a amar con “todo el corazón” a Dios y a todos los seres de la creación, especialmente a nuestros hermanos que se sienten más solos y excluidos, descartados, marginados, para ser solidarios con ellos hasta dar la vida, defendiendo sus derechos a participar en el banquete de la vida y del amor¹⁴.

Somos creaturas llamadas por Dios a vivir el seguimiento de Cristo en este estilo de vida consagrada. Nuestro tesoro es Jesús: “No tenemos otro tesoro que éste”¹⁵. Es un tesoro llevado en “vasijas de barro” (2Cor 4,7), hechas de tierra, de agua, de viento, de fuego... El barro es barro, porque ha sido amasado con el agua, se pone a merced del aire para que seque, y se somete al fuego para cocerse.

Nuestra corporeidad es como el hábitat de nuestro corazón, lugar teológico donde se expresa la totalidad, la manera como

Dios puede ser amado por un ser humano, y sobre todo, la forma como Dios nos ama, con todo lo que somos y tenemos. “Sólo a Dios se le puede amar con todo el corazón”, con todo lo que somos y tenemos. Nuestro cuerpo se vuelve así mediación de alianza, de pertenencia. Un cuerpo que se va configurando también de acuerdo a su Amor, en sus gestos, en sus expresiones. Este cuerpo, está profundamente vinculado a toda la creación.

El Señor, al llamarnos a este estilo de vida, nos llama con todo. Por eso, es tan importante en la formación religiosa el aprender a valorar nuestro cuerpo, a respetarlo como templo de Dios, a cuidarlo para mejor amar y servir, a estar dispuestas y dispuestos a entregarlo, como Jesús, “para que otros tengan vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10). Es importante entender nuestro cuerpo vinculado, enraizado, en interacción continua con la misma creación, con la vida, con los demás seres, especialmente con la humanidad: “*Nuestro propio cuerpo está constituido por los elemen-*

¹⁴ Cf. GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Teología de la Vida Religiosa*, Ed. B.A.C., Madrid, 2002, pág.492

¹⁵ CELAM, *Aparecida*, n.14.

tos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura. Nada de este mundo nos resulta indiferente”¹⁶.

Jesús mismo vivió en armonía con su cuerpo, con la creación, Él amaba la vida. Asumió un cuerpo en la Encarnación. Sus manos trabajaron, estuvieron en contacto con la materia que, como buen artesano, modelaba, transformaba¹⁷. Como Él, la VC está llamada a apreciar el cuerpo, la materia, las cosas de este mundo, como creación de Dios y camino de armonía. Si en algún tiempo se concebía la VC como separación del mundo y éste se veía siempre como un enemigo, al volver la mirada a Jesús nos percatamos que Él se encarna y pone su morada entre nosotras/os (Cf. Jn 1,18); que con su mirada y su compasión toca nuestra tierra y la llena de vida y de sentido. Una VC que sabe tocar la vida, con ternura y compasión, es capaz de transformar la realidad, es capaz de vivir en estrecha relación con las cosas *mundanas* que en su misma entraña contienen lo sagrado, “*una marca propiamente trinitaria*”¹⁸.

En LS el Papa Francisco recuerda las palabras del Papa Benedicto XVI: “Existe una «ecología del hombre» porque «también el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo»¹⁹. Mediante el cuerpo entramos en relación con el ambiente que nos rodea y con los demás seres vivos. Aceptar nuestro cuerpo como don de Dios nos dispone a “acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica de dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación. Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados, es esencial para una verdadera ecología humana”²⁰.

El llamado al seguimiento de Jesús en la VC es dirigido a una mujer o a un hombre concreto, con un cuerpo conformado por su femineidad y masculinidad respectivas, con la riqueza que cada una de estas realidades aporta. En la medida que potenciamos lo propio de lo femenino y de lo masculino y aceptamos esta diversidad que nos complementa,

¹⁶ LS, n. 2

¹⁷ Cf. *Ibid.*, n. 98

¹⁸ *Ibid.*, n. 239

¹⁹ *Ibid.*, n.155

²⁰ *Ibid.*

nos enriquecemos en el encuentro con el diferente²¹. El consejo evangélico de la castidad no debería opacar nuestra feminidad y masculinidad, sino más bien, ayudarnos a madurar en nuestro ser de mujeres y hombres capaces de comunión, de servicio incondicional, de disponibilidad a toda prueba, de amor sin reservas, como el de Jesús que “habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Mujeres y hombres que acogen y dan vida, que la cuidan y transforman, capaces de encuentro y amistad, llenos de suavidad y fortaleza, de ternura audaz, de generosidad y esperanza. Que testimonian con sus actitudes que el hombre y la mujer son capaces de relacionarse sin egoísmo, sin utilitarismos, sin machismos, sin desacreditaciones, sin reivindicaciones; de que juntos son capaces de construir un mundo distinto, desde la cosmovisión de cada uno, desde su manera de estar en la historia y de contemplar la creación. Todavía hay realidades muy marcadas por lo masculino; cómo se enriquecerían si se integrara más en ellas también lo femenino.

Las/os religiosas/os no asumimos el consejo de la castidad

con resignación, no rechazamos el valor de la sexualidad humana, ya que Dios la ha creado, la llevamos impresa en nuestro propio cuerpo. Asumimos un estilo de vida en castidad porque el Espíritu ha puesto en nuestro corazón una pasión por Dios y por su Reino que supera todo instinto, que nos hace anhelar una fecundidad que va más allá de los hijos de sangre que pudiéramos engendrar. Es bello y hermoso a lo que renunciamos, tan bello y hermoso que implica educarnos en esta renuncia que a veces crucifica; pero no renunciamos al amor, a la felicidad, ni a la fecundidad, pues Jesús, quien nos ha llamado a este estilo de vida, es capaz de llenar de alegría y de fecundidad nuestra vida, “mucho más de lo que podemos pedir y pensar” (Ef 3,20), y por así decirlo, ensancha la tienda de nuestro corazón para que en él quepa toda la *Casa común*.

La resignificación del consejo evangélico de la castidad se fundamenta en una espiritualidad que, a la luz de *LS*, podemos denominar *espiritualidad ecológica*²², porque es una espiritualidad que tiene consecuencias en nuestra forma de relacionarnos con la creación, y “alimenta una

²¹ Cf. *Ibid.*

²² *LS*, n.216

pasión por el cuidado del mundo”.²³ Esta espiritualidad no consiste sólo en tener buenas “ideas ecológicas”, sino que se alimenta desde una mística que anima nuestro compromiso por intentar renovar la humanidad. Una espiritualidad verdaderamente cristiana “no está desconectada del propio cuerpo ni de la naturaleza o de las realidades de este mundo, sino que se vive con ellas y en ellas, en comunión con todo lo que nos rodea”.²⁴

La VC está llamada a abrazar el mundo, a asumir sus elementos y su fuerza simbólica como mediación sacramental. Nuestro propio cuerpo tiene esta fuerza mediadora expresada en: los gestos de ternura y cercanía, la forma en que miramos, el tono de nuestra voz, la palabra bien dicha, asertiva, la mano solidaria, el abrazo que acoge, los pies que “primerean” y que *salen a prisa al encuentro de la vida*. Así también el mundo material, “se convierte en mediación de la vida sobrenatural”²⁵. La castidad consagrada nos hace volver la mirada a Jesús, Sacramento del Pa-

dre, Verbo encarnado, quien es el verdadero sentido de todo cuanto existe. Él asume en sí mismo el universo material; no rechaza el cuerpo, lo valoriza transformándolo en Eucaristía: “Este es mi Cuerpo... esta es mi Sangre” (Mt 26,26-28)²⁶. Una VC que sabe utilizar los colores y los símbolos, para ambientar sus espacios personales y comunitarios y su acción apostólica, se vuelve ella misma simbólica, sacramental. San Pablo nos dice que el culto que a Dios le agrada es el de nuestro cuerpo ofrecido “como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rm 12,1-2).

El amor casto, célibe y virgen se vive con todo el corazón. Los consejos evangélicos son algo encarnado, porque así fue el amor virgen y casto de Jesús. Dios quiere ser amado con todo el corazón, con todo nuestro ser, no sólo efectivamente sino también afectivamente; no sólo con convicción, sino con pasión. María, la madre de Jesús, así lo amó, y amó las realidades del cuerpo herido de nuestro mundo. “María, la madre que cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor ma-

²³ Ibid.

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid., n.235

²⁶ Cf. Ibid.

terno este mundo herido”²⁷. Por el consejo evangélico de la castidad, nos vamos transformando en cuidadores del mundo herido, del cuerpo místico de Cristo que sigue sufriendo. El cuidado de nuestro cuerpo no puede reducirse a un cuidado narcisista. Cuántas veces entra en nuestro mundo de consagrados un deseo de bienestar que está muy lejos del sentido evangélico del cuidado del cuerpo. Justificamos nuestra vida de confort en aras a tener una armonía y salud necesarias para la misión. Si bien es cierto que no podemos caer en el extremo del descuido estoico, también es bien cierto que no podemos caer en el cuidado excesivo y a veces obsesivo del mismo, que nos impermeabiliza y nos aleja del dolor, del sufrimiento, de las heridas de la humanidad, y a la larga, la VC en vez de cuidar a la humanidad herida, termina cuidándose a sí misma.

El fundamento de la castidad consagrada es la fe unida al amor, una fe y un amor encarnados, que regala armonía a la vida, como le pasó a Jesús: «la luz de la fe,

unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio»²⁸.

Una de las palabras que más se repiten en LS es la belleza, como transparencia de Dios, mediación que nos lleva al encuentro con el Autor de la vida. La VC es un encuentro con Jesús, “el más bello de los hijos de los hombres” (Sal 45,2). Este encuentro enciende en nosotras/os la belleza, “... esa belleza del rostro que irradia la gloria del Padre (cf. 2 Cor 4,6), cuyo fruto es la alegría”²⁹.

Por el voto de castidad los consagrados estamos llamadas/os a transparentar la belleza de nuestra vocación. Pero también estamos invitados a ser mediación de belleza, a embellecer con palabras amables, con gestos de

²⁷ LS, n.241

²⁸ PAPA FRANCISCO, Cf. Carta encíclica *Lumen fidei* (29 junio 2013), 34: AAS 105 (2013), 577

²⁹ CIVCSVA, *Alegraos*, Intr.

misericordia y compasión, a *devolverles* el valor a los pequeños detalles.

La belleza va unida al estupor, al asombro, a la alabanza. “El mundo es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza”³⁰. Es triste, que también en algunos lugares del campo o la ciudad, se privaticen espacios de los cuales sólo algunos cuantos pueden disfrutar; hay ciudades que tienen zonas llenas de espacios verdes y cuidados, otras zonas no tanto, sobre todo, donde generalmente viven los “descartables de la sociedad”³¹. Una VC que desde su sencillez, favorece la belleza, esa belleza que se deja ver en lo simple, en la armonía, en un jardín pequeño pero bien cuidado, o en una simple plantita cuidada con amor; una VC que favorece espacios apostólicos bellos, donde la comunidad del entorno pueda disfrutar y pasar un rato feliz; una liturgia hermosa y acogedora, donde los cantos y los signos tocan los sentidos y el

corazón, es una Vida Consagrada transformadora

Nos dice *LS* que nunca habíamos maltratado tanto a nuestra bella hermana tierra cuyo gemido se une al “de las/os abandonadas/os del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo”³². La VC quiere ser, como todos los seres humanos, “instrumentos del Padre Dios para que nuestro planeta sea lo que él soñó al crearlo y responda a su proyecto de paz, belleza y plenitud”³³.

Queremos vivir una castidad contemplativa, que, desde la fe, interprete “... el sentido y la belleza misteriosa de lo que acontece”³⁴. Jesús mismo vivió un amor así, atento a la belleza. Vivía en contacto permanente con la naturaleza, atento a ella con cariño y asombro.³⁵ Fue un contemplativo que sabía detenerse ante la hermosura “sembrada por su Padre”³⁶ y en ella reconocía su mensaje (Cf.: Jn 4,35; Mt 13,31-32). Su vida es una invitación a cultivar la belleza más honda, la del amor

³⁰ *LS*, n.12

³¹ *Ibid.*, n.45

³² *Ibid.*, n.53

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*, n.79

³⁵ Cf. *Ibid.*, n.97

³⁶ *Ibid.*

hecho servicio humilde, que busca “la calidad de vida de las personas, su adaptación al ambiente, el encuentro y la ayuda mutua”³⁷. La VC, tendría que ser un testimonio de que nada ni nadie puede anular “la apertura al bien, a la verdad y a la belleza”³⁸.

Educarnos en la castidad evangélica incluye “una adecuada educación estética y la preservación de un ambiente sano”³⁹ en nuestras comunidades y apostolados. Aprender a percibir y valorar lo bello, contra comportamientos muchas veces utilitaristas y consumistas que nos enseñan el mercado y los medios de comunicación. Aprender a ver de una manera diferente la vida humana, a cada una de las personas y su relación con la naturaleza. La vida sacramental, que alimenta y sostiene nuestro voto de castidad, es mediación para encontrarnos con Dios a través de la naturaleza presente en los signos⁴⁰, en la que abrazamos al mundo.

La actitud que amenaza constantemente nuestro voto de castidad es el individualismo, muy

propio del mundo postmoderno. Nos cuesta salir de nosotras y nosotros mismos, reconocer el valor del otro, pensar en las y los demás. Vivimos la castidad evangélica en comunidad, lugar donde aprendemos a darnos y a relacionarnos cuidando la vida, atentas y atentos a la vida. Juntas y juntos vamos construyendo nuestra pequeña Casa Común, que se va ensanchando en la medida que *salimos a prisa al encuentro de la vida* presente en las demás personas y en toda la creación.

La castidad evangélica supone vivir la gratuidad, es decir, la capacidad de convivir en comunión con los demás, sólo por el hecho de que tenemos a Dios como Padre y Él nos hace a todas y todos hermanos. El amor entre nosotras/os y con los demás seres de la creación no debe ser interesado, sino vivido en gratuidad. Sólo así se entiende el amor a los enemigos, y la gratuidad que “nos lleva a amar y aceptar el viento, el sol o las nubes, no sometiendo los a nuestro control. Por eso podemos hablar de una fraternidad universal”⁴¹. Esta gratuidad vivida

³⁷ Cf. Ibid., n.150

³⁸ Ibid., n.205

³⁹ Ibid., n.215

⁴⁰ Cf. Ibid., n.235

⁴¹ Ibid., n.228

en nuestras comunidades, donde nos queremos por el hecho de ser hermanas y hermanos, donde superamos las antipatías y malos ratos, donde nos aceptamos y queremos sin controlar ni dominar a nadie. Podemos escandalizarnos ante la explotación de los bosques, ante el dominio indiscriminado de la creación, y mantener al interno de nuestra vida comunitaria actitudes dominantes, impositivas, a veces, hasta explotadoras, que están muy lejos de reflejar el amor y el respeto con el que estamos llamadas/os a tratarnos entre nosotras/os. *Laudato Si* nos habla de una “ecología integral” que “está hecha de simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo. Mientras tanto, el mundo del consumo exacerbado es al mismo tiempo el mundo del maltrato de la vida en todas sus formas”⁴².

El voto de castidad que anhelamos vivir hoy, se redimensiona contemplando el Misterio Trinitario, presente en el fondo de nuestro corazón, en todo el universo y en la más pequeña de las criatu-

ras; misterio que es “comunidad preciosa de amor infinito”, que nos enseña a contemplarlo “en la belleza del universo”, donde todo nos habla de Dios.

Resignificamos este voto volviendo también nuestra mirada a María, la Mujer, a través de la cual Dios nos muestra la belleza de un cuerpo entregado totalmente al amor de Dios y al servicio del Reino: “Ella vive con Jesús completamente transfigurada, todas las criaturas cantan su belleza. Es la Mujer «vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1). Elevada al cielo, es Madre y Reina de todo lo creado. En su cuerpo glorificado, junto con Cristo resucitado, parte de la creación alcanzó toda la plenitud de su hermosura. Ella no sólo guarda en su corazón toda la vida de Jesús, que «conservaba» cuidadosamente (cf. Lc 2,19.51), sino que también, comprende ahora, el sentido de todas las cosas. Por eso, podemos pedirle que nos ayude a mirar este mundo con ojos más sabios”⁴³.

⁴² Ibid., n.230

⁴³ Ibid., n.241

Nos conviene pedir con humildad a Dios omnipotente, que derrame en nosotras y nosotros la fuerza de su amor, de ese amor que es la *Ruáh* Divina, quien rodea con ternura todo lo que existe, para transparentar, a través de nuestro amor célibe, “la infinita belleza de Dios” la cual contemplaremos cara a cara en la eternidad⁴⁴.

II. Obediencia consagrada

El consejo evangélico de la obediencia es la invitación a amar al Señor nuestro Dios “con toda nuestra mente”, es decir, con toda nuestra inteligencia y voluntad, que hemos recibido como regalos de Dios. La obediencia consagrada, es un carisma del Espíritu que nos va identificando con Jesús, obediente por el Reino de Dios, obediente a la voluntad del Padre y servidor de todos⁴⁵, nos lleva a amar con “toda nuestra mente” (Dt 6, 5) a Dios y a todos los seres de la creación, especialmente a nuestras/os hermanas/os más pobres, luchando con ellos por

sus derechos y liberación⁴⁶. La obediencia consagrada nos hace corresponsables para reconducir, con Cristo, todas las criaturas hacia su plena liberación⁴⁷. La fe es el fundamento del consejo evangélico de la obediencia, y es desde donde nos sentimos motivadas y motivados para cuidar la naturaleza y nuestras hermanas y hermanos más frágiles⁴⁸.

El consejo evangélico de la obediencia es un poder que se recibe como don del Espíritu “para transformar todos los valores personales en servicio, en donación, en carisma para los demás”⁴⁹. La fe es el fundamento del consejo evangélico de la obediencia, desde donde nos sentimos motivadas/os para cuidar la naturaleza y a nuestras hermanas y hermanos más frágiles⁵⁰. Una obediencia así es *memoria viviente de Jesús*, anticipa la utopía del Reino. Pero es una obediencia afectada por el pecado, sobre todo en el área del poder. Por eso, la obediencia es a veces rebeldía y resistencia a los poderes que se imponen dictato-

⁴⁴ Cf.: *Ibid.*, n.243

⁴⁵ Cf. GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Op. Cit.*, pp. 454-455

⁴⁶ Cf. *Ibid.*

⁴⁷ Cf. *LS*, n.83

⁴⁸ *Ibid.*, n.64

⁴⁹ GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *Op. Cit.*, pág. 420

⁵⁰ *LS*, n.64

rialmente y confesión de la soberanía de Dios y de su Hijo Jesús, el único Señor. La obediencia religiosa es también, la fuente de todas las rebeldías contra quienes usurpan el lugar de Dios, o de quienes oprimen a sus hermanas/os⁵¹.

La rebeldía obediencial de la VC es también un don del Espíritu. “Puede decirse que de aquél o aquella que es dócil al Espíritu se puede esperar cualquier revolución”⁵². Tal vez por eso el Papa Francisco en el año de la VC nos dice que la gracia que todos deberíamos pedir al Señor es “la docilidad al Espíritu Santo: ese Espíritu que viene a nosotras/os y nos hace ir adelante por la vía de la santidad. ¡Esa santidad tan hermosa de la Iglesia! La gracia de la docilidad al Espíritu Santo”⁵³.

El alimento de Jesús fue hacer siempre la voluntad del Padre. El Espíritu Santo nos abre el camino para vivir esta indefectible obediencia al querer de Dios, para vivir buscando siempre “lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rm 12,2). Por este Espíritu, Jesús se ofrece a sí mismo inmaculado

a Dios, en la cruz (Cf. Hb 9,14). Es una obediencia-escucha que se concretiza en la docilidad, en la decisión libremente tomada de dejar que Él conduzca nuestra vida, en la resolución, también libremente tomada de “ser cómplices del Espíritu”⁵⁴, para que la voluntad del Padre acontezca, y cada criatura luminosamente transformada ocupe su lugar y tenga algo para aportar a los pobres definitivamente liberados⁵⁵.

Precisamente, las actitudes que favorecen la vivencia de la obediencia evangélica en la VC son, sobre todo, la docilidad al Espíritu, el discernimiento y la corresponsabilidad. En la medida que somos dóciles a Él, que discernimos y que nos hacemos corresponsables, vamos educando nuestros deseos de poder y de dominio que sutilmente y, a veces descaradamente, nos manipulan. “Quien es dócil a la acción del Espíritu entra en la paradoja de la obediencia y de la fantasía”⁵⁶.

Para vivir la obediencia evangélica necesitamos desarrollar la capacidad de escucha, para

⁵¹ Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *Op. Cit.*, pág.421

⁵² *Ibid.*

⁵³ CIVCSVA, *Escruten*, final del n.1

⁵⁴ GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Cómplices del Espíritu*

⁵⁵ Cf. *LS*, n.243

⁵⁶ GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Teología de la Vida Religiosa*, Ed. B.A.C., Madrid, 2002, pág. 420

la cual hay que dedicar tiempo. *Laudato Si* nos previene de nuestras vidas distraídas, ajetreadas y nos invita a “recuperar la serena armonía de la creación, reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, contemplar al Creador, que vive entre nosotras/os y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, develada»⁵⁷.

Laudato Si nos ilumina para resignificar este consejo evangélico desde la dimensión ecológica. Dice hermosamente el Papa Francisco: “La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común”⁵⁸. La VC pertenece a esta porción de la humanidad que cree que las cosas pueden cambiar, que el proyecto amoroso de Dios no da marcha atrás, que quiere luchar para proteger la casa común, y sobre todo a los más pobres de este mundo que viven en ella. La obediencia consagrada amplía su dimensión. La búsqueda apasionada de la voluntad de Dios significa también, a la luz de *LS*, búsqueda apasionada de lo que Dios

quiere hoy de nuestro mundo, de la creación, de nuestra Casa Común, “para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres”⁵⁹.

La tierra es un don de Dios y no tenemos un dominio absoluto sobre ella, ni sobre las demás criaturas. “No somos Dios”⁶⁰. La invitación que Él nos hace desde la creación, es a tener una relación de reciprocidad responsable con la naturaleza⁶¹. Nuestra hermana tierra clama porque la violencia que hay en el corazón humano enferma el suelo, el agua, el aire y a todos los seres vivos.⁶² “Entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22)”⁶³.

Por la obediencia religiosa nos situamos en nuestra Casa común con una actitud de servicio y no de dominio, de libertad y no de esclavitud. Hoy, por ejemplo, nos domina la cultura tecnocrática, como VC no podemos prescindir de ella. Pero necesitamos apren-

⁵⁷ *LS*, n.225

⁵⁸ *Ibid.*, n.13

⁵⁹ *Ibid.*, n.49

⁶⁰ *Ibid.*, n.67

⁶¹ Cf.: *Ibid.*, n.116

⁶² Cf.: *Ibid.*, n.2

⁶³ *Ibid.*, n.2

der a utilizar sus recursos sin dejarnos dominar por su lógica. Se ha vuelto “contracultural”⁶⁴, dice *LS*, “un estilo de vida con objetivos que puedan ser al menos en parte independientes de la técnica, de sus costos y de su poder globalizador y masificador”⁶⁵. La técnica está orientada al dominio, al control y amenaza nuestra autonomía, nuestra libertad más honda, nuestra soledad interior que es “el espacio para la creatividad alternativa”⁶⁶, desde la cual podemos proponer algo distinto.

Necesitamos reeducarnos en la contemplación, crecer en la capacidad de asombro ante la creación, resolvernos a cuidar “la fragilidad de los pobres y del ambiente”⁶⁷. El cuidar de la naturaleza con ternura no es signo de debilidad⁶⁸. Necesitamos ponernos a dialogar en serio en nuestras comunidades, para crecer en esta responsabilidad ecológica, y tenerla bien presente en nuestros proyectos comunitarios, como un eje transversal y al mismo tiempo

como una actitud muy explícita, que se evalúe periódicamente.

No todo está perdido, nos dice *LS*, aunque pareciera que el daño que le hemos hecho a nuestra Casa Común es irreversible. “Quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón”, dice una hermosa canción. Se trata de “ofrecer el corazón”, de amar nuestra Casa común y aunar compromisos pequeños pero eficientes. Así como “cualquier acción sobre la naturaleza puede tener consecuencias que no advertimos a simple vista...”⁶⁹, el “pequeño camino del amor”⁷⁰ como lo hizo Sta. Teresa del Niño Jesús, puede revertir, más aún reconstruir, mucho de lo que hemos destruido.

Como VC nos necesitamos, porque tenemos una responsabilidad común por los demás y por el mundo, cada quien desde sus carismas, que siempre son carismas de responsabilidad salvífica y transformadora del mundo. He-

⁶⁴ *Ibid.*, n.108

⁶⁵ *Ibid.*, n.108

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*, n.214

⁶⁸ Cf. *Ibid.*, n.116

⁶⁹ *Ibid.*, n.41

⁷⁰ *Ibid.*, n.230

mos vivido muchos años de “degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad, llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido poco.”⁷¹ Vale la pena trabajar por una Vida Religiosa que sea buena, honesta, que no pierda la oportunidad de “una palabra amable, de una sonrisa, de cualquier pequeño gesto que siembre paz y amistad”⁷².

Vivir el consejo evangélico de la obediencia a la luz de *LS* significa acrecentar nuestro interés civil y político, que nos comprometa con acciones que construyan un mundo mejor. Es la caridad que se expresa en amar la sociedad y la búsqueda continua del bien común; son los “pequeños gestos de cuidado mutuo”⁷³, que pueden tener un efecto más amplio en lo social, económico y político. Una pobreza vivida así es capaz de impulsar un auténtico desarrollo⁷⁴ que no prescinde de la humanidad⁷⁵.

Tenemos también la responsabilidad de educar a quienes tratamos, en una “ciudadanía ecológica”,⁷⁶ en la austeridad, en la contemplación y en el cuidado, aprovechando los espacios evangelizadores, educativos, de encuentro, para tomar conciencia juntas y juntos. Necesitamos promover el surgimiento de líderes que marquen caminos, que atiendan las necesidades de las generaciones de hoy y de mañana⁷⁷. “Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, es maravilloso que la educación sea capaz de motivarlas hasta conformar un estilo de vida”⁷⁸.

Nos dice *LS* que “a los problemas sociales se responde con redes comunitarias”⁷⁹. La VC podría unirse inter congregacionalmente, inter institucionalmente, y dedicar tiempo “a pensar en grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una cultura del cuidado

⁷¹ Ibid., n.229

⁷² Ibid., n.230

⁷³ Ibid., n.231

⁷⁴ Cf. Ibid., 231

⁷⁵ Cf. Ibid. n.118

⁷⁶ Ibid., n.211

⁷⁷ Cf.: Ibid., n.53

⁷⁸ Ibid., n.211

⁷⁹ Ibid., n.219

que impregne toda la sociedad”⁸⁰ un ejemplo es la REPAM que como CLAR nos hemos vinculado. Estas grandes estrategias nos pueden parecer fuera de nuestro alcance; cuántas veces pequeñas acciones en favor de la vida y de los derechos humanos son saboteadas por los poderosos de este mundo, cuántas y cuántos mártires en nuestras tierras latinoamericanas y caribeñas han luchado por el respeto de la tierra y por evitar su explotación... Tal vez estas “grandes estrategias” que como VC nos toque pensar, estén contenidas en los pequeños gestos cotidianos, en acciones formativas, en una evangelización encarnada, en la generación de espacios donde se cultiven no sólo plantas, sino reflexiones, proyectos a corto y largo plazo, donde se establezca un diálogo entre el carisma y la espiritualidad ecológica, donde se despierten conciencias.

Sabemos que han existido religiosas y religiosos que a lo largo de la historia han propuesto caminos alternativos en este sentido contribuyendo al bien común de la sociedad de su tiempo. Sin

duda hoy el Espíritu seguirá suscitando en la VC gente con este carisma. Pero a todas y todos se nos pide cuidar el mundo y “la calidad de vida de los más pobres con un sentido solidario.”⁸¹ No podemos globalizar la indiferencia⁸² ni adormecernos irresponsablemente creyendo que las cosas no son tan graves. Mucho menos, dejar para mañana lo que podamos hacer hoy.

La obediencia evangélica nos pide que aprendamos a contemplar y a respetar la bondad contenida en cada persona, en cada criatura, porque son obra de Dios y lo reflejan. En la medida que crezca nuestro respeto desaparecerá nuestro deseo de dominio y explotación⁸³. La creación no es Dios, es frágil y se nos ha confiado su cuidado. Nuestra libertad humana puede ayudar a “una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nuevas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos”⁸⁴. Cada vez que nos empeñamos en tener entre nosotras y nosotros actitudes más bondadosas, a acogernos con ternura, y a respetarnos como hijas e

⁸⁰ Ibid., n.231

⁸¹ Ibid., n.232

⁸² Ibid., n.52

⁸³ Cf.: Ibid., n.69

⁸⁴ Ibid., n.78

hijos de Dios, contribuimos como VC a esta evolución positiva. Por el contrario, una comunidad que almacena heridas, agrega nuevos sufrimientos a la creación.

No somos seres autónomos, “todo está conectado”⁸⁵. Nuestra existencia se enferma y desmorona cuando nos dejamos llevar por el egoísmo, la violencia, el deseo de poder: “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza”⁸⁶.

Si no somos autónomos necesitamos, como VC, convertirnos al diálogo, comenzando por nuestras comunidades. Si queremos dialogar con otros creyentes o con los diferentes movimientos ecologistas como nos lo sugiere LS, conviene comenzar propiciando cada vez más el diálogo en nuestras comunidades y en nuestros apostolados. *Laudato Si* de esta manera nos pone a pensar de qué manera vivimos el binomio autoridad y obediencia, si tendemos a absolutizar, si preferimos aislarnos de toda responsabilidad,

si nos imponemos o marginamos entre nosotras y nosotros. En la medida que crezcamos en esta capacidad dialogal, en una circularidad amorosa al ejemplo del Misterio Trinitario, en esa medida nos habilitamos como VC para dialogar más allá. “La gravedad de la crisis ecológica nos exige a todas/os pensar en el bien común y avanzar en un camino de diálogo que requiere paciencia, ascesis y generosidad...”⁸⁷.

María, nuestra Madre, la mujer dócil al Espíritu, mujer creyente, nos muestra el camino de una obediencia que transforma y que posibilita el Reino. Con su “¡Hágase!” (Lc 1,28) se responsabiliza amorosamente de toda la creación y posibilita el camino de la libertad de las hijas e hijos de Dios. Ella experimenta en sí misma el gozo de esta liberación cuando canta su Magnificat y con su joven profecía sigue animando nuestra obediencia que es un Sí dócil y corresponsable con la Voluntad del Padre.

Pidámosle a Dios Omnipotente que resignifique nuestra obediencia, desde la conciencia de que

⁸⁵ Ibid., n.117

⁸⁶ Ibid.

⁸⁷ Cf. Ibid., no.201

estamos profundamente unidos con todas las criaturas en nuestro camino hacia su luz infinita y démosle también las gracias porque está con nosotras/os todos los días, alentándonos en nuestra lucha por la justicia, el amor y la paz.

III. Pobreza consagrada

El consejo evangélico de la pobreza es la invitación a amar al Señor nuestro Dios “con todas nuestras fuerzas” (Dt 6, 5), es decir, con todo lo que somos y tenemos, con todos los dones que hemos recibido de Dios. La pobreza consagrada, es un carisma del Espíritu que nos va identificando con Jesús, pobre por el Reino de Dios, nos lleva a amar con “todas nuestras fuerzas” a Dios y a todos los seres de la creación, especialmente a nuestras/os hermanas/os más pobres, aprendiendo a compartir con ellos lo que somos y tenemos, trabajando por la justicia y el bien común⁸⁸.

El consejo evangélico de la pobreza lo vivimos en respuesta a un amor que lo ha dado todo por nosotras/os, reconociendo a Jesús como nuestro único tesoro, por el que vale la pena dejarlo

todo para vivir la pobreza como Él. Es un amor que está dispuesto a compartirlo todo, hasta empobrecernos de todo. Supone vivir en una actitud de abandono y ofrenda total de nuestra vida al Padre, para testimoniar la gratuidad de los dones de Dios, buscando, ante todo, el Reino de Dios y su justicia, aprendiendo de Jesús a compartir lo que somos y tenemos y a vivir en comunión solidaria con los más pobres.

La pobreza de Jesús, su *kénosis* o anonadamiento, su estilo de vida sencillo, simple, sin ostentación, su renuncia a acumular bienes y su disposición a ser para los demás, compartirse a sí mismo, entregar hasta su mismo cuerpo y su misma sangre, es nuestra norma para vivir este consejo evangélico. Jesús vivió pobre y murió pobre.

Jesús vivió en total disponibilidad al Padre y al servicio del Reino, es por eso por lo que vivía libre ante las cosas, desprendido. Vivía desarraigado de sí mismo y plenamente arraigado al corazón del Padre. Su capacidad de desprendimiento estaba fundamentada en su capacidad de compartir

⁸⁸ Cf. GARCÍA PAREDES, J.C.R., *Teología de la Vida Religiosa*, Ed. B.A.C., Madrid, 2002, pp. 454-455.

sin reservas. Al invitarnos a vivir así, nos promete un “tesoro en el cielo” (Lc 18,22) y “el ciento por uno” (Mt 19,29).

Laudato Si nos da muchas luces para resignificar hoy el consejo evangélico de la pobreza. Amplía el sentido de comunión, nos vincula y solidariza con nuestra hermana tierra que “clama”⁸⁹. Nos dice el Papa que “entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22)”⁹⁰.

Vivimos en medio de una sociedad “enloquecida por un consumismo desenfrenado, con un afán insaciable de enriquecerse y aparentar, con un modelo de dominación mundial cuya ideología es el neoliberalismo que recrudece la situación de miseria, marginación y exclusión de tantos hermanos y hermanas, que se convierten en sobrantes y desechables...”⁹¹. Vivir el consejo evangélico de la pobreza hoy, significa vivir no cualquier pobreza, sino aquella que, con su estilo de vida, su manera de relacionarse con los demás se-

res vivos, le recuerde al mundo que los bienes son de todos, que estamos llamadas/os a compartirlos, para que a nadie falte un pan en su mesa, un vaso de agua que refresque su camino, un trabajo digno y estable que sustente a las familias, un espacio habitable y limpio donde se viva en paz y armonía, donde se descansa, se celebre, se ore, se ame, se cultive la vida.

El Papa Francisco nos invita a mirar a san Francisco, aquel hombre contemplativo y radical, que vivió en pobreza y austeridad no como una mera actitud ascética, sino como solidaridad con la creación, una creación que debe ser mirada contemplativamente, con estupor, maravillándonos ante ella, y no considerada como mero objeto que podemos usar y dominar arbitrariamente. “Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero

⁸⁹ Ibid., n.2

⁹⁰ Ibid.

⁹¹ GUERRERO, José María, sj, *El encanto de la vida religiosa*, Centro de estudios de CONFERRÉ, Santiago de Chile, s/f., pág.10

explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos. En cambio, si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo. La pobreza y la austeridad de san Francisco no eran un ascetismo meramente exterior, sino algo más radical: una renuncia a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio”⁹².

La pobreza evangélica tendría que disponernos “a favorecer comportamientos caracterizados por la sobriedad”⁹³, que expresen efectivamente nuestro deseo de cuidar la Casa común. Esta “feliz sobriedad”⁹⁴ tendría que ser el nuevo rostro de la VC; una sobriedad que produce paz interior, no por ausencia de guerras, sino porque construimos esa paz mediante el cuidado de la naturaleza y del bien común. El rostro transfigurado de la VC sería el que refleja paz, esa paz que nace de “un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida”⁹⁵. Pobreza, sobriedad y paz,

van de la mano y esta trilogía nos podría ayudar a confrontarnos personal y comunitariamente.

La espiritualidad de la sobriedad modifica también, como VC, nuestros estilos de vida, directamente modera nuestra avidez consumista, de la cual no estamos exentas ni exentos. Nos dice LS que hasta el hecho de comprar se vuelve un acto moral: “Comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico”⁹⁶. Cuántas veces justificamos nuestras compras por la calidad, por lo barato, o por motivos pastorales. ¿No es así como elegimos nuestros alimentos, autos, celulares, y la tecnología en general? ¿Nuestro hábitat de consagrados, ¿refleja esta sobriedad, que por otro lado, no está en contra de la belleza? Como VC, ¿no podríamos ejercer una presión social, tomando decisiones evangélicas en el día a día, y motivando a quienes acompañamos en el apostolado a vivir también esta sobriedad evangélica? Estas decisiones cotidianas podrían hacer una diferencia, y con ellas ir reservando energía, aire

⁹² Ibid., n.11

⁹³ Ibid., n.193

⁹⁴ Ibid., n.225

⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ Ibid., n.206

puro, agua limpia, no sólo para las generaciones que nos precederán, sino para nuestras/os hermanas/os más pobres de hoy.

Nuestra falta de cuidado y sobriedad en el día a día, agravan también el problema global del cambio climático afectando de manera especial a muchos hermanos pobres, que no cuentan con los recursos para adaptarse a sus consecuencias como son la migración de animales y la afectación de la siembra de alimentos. Lo más grave es que esta situación origina el fenómeno de la migración de tantas personas que huyen de la miseria para buscar mejorar sus condiciones de vida y no se les reconoce como refugiados. Existe una gran indiferencia ante esta realidad. “La falta de reacciones ante estos dramas de nuestras hermanas y hermanos es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil”⁹⁷. Como VC nos toca reaccionar y responsabilizarnos de tantos migrantes, de tantas familias que han tenido que emigrar persi-

guiendo el sueño de una vida mejor y que al llegar a “nuevas tierras” se sienten sin referencia, sin acogida, muchas veces son vistos como delincuentes de la sociedad. Cómo acompañarlos desde la educación, la salud, la evangelización, la promoción humana, etc. Tal vez nuestros Institutos tendrían que convertirse también en migrantes que acompañan, al estilo de Jesús pobre e itinerante.

Desde nuestro voto de pobreza tenemos la responsabilidad de tomar conciencia de esta situación que afecta especialmente a los excluidos, que son millones de personas, quienes frecuentemente ocupan el último lugar en las agendas internacionales⁹⁸. Para tomar conciencia necesitamos tener un “contacto físico y de encuentro”⁹⁹ para no quedarnos en una VC que sólo tiene “discurso verde”¹⁰⁰, sino que le duele un mundo tan desigual, en el que unos viven en una “degradante miseria”¹⁰¹ sin poderse superar, mientras otros se consideran más dignos que los demás y no saben qué hacer con todo lo que tienen. “Mientras tanto, tenemos un «su-

⁹⁷ Ibid., n.25

⁹⁸ Cf.: Ibid., n.49

⁹⁹ Ibid.

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ Ibid., n.90

perdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora»¹⁰².

Esta sociedad deshumanizadora y desigual, donde existen “personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común, se convierte inmediatamente como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad en una opción preferencial por los más pobres.”¹⁰³ Nos exige, como VC, buscar apasionadamente “la realización efectiva del bien común”¹⁰⁴.

Nuestro estilo de vida pobre, no consiste en un ascetismo estoico, en una renuncia a todo, pues esto, en sí mismo, no es fuente de alegría evangélica. El estilo de vida pobre que Jesús nos propone y que hoy queremos resignificar a la luz de LS es el de una VC que recupera su cercanía con la tierra, que reconoce cada vez más su vinculación con ella y se compromete a cuidarla con el propó-

sito de que sea un espacio más habitable y patrimonio común. Una VC que vive de manera alternativa y se educa en una “austeridad responsable”¹⁰⁵, que hace opciones cotidianas en el cuidado del agua, de la luz, del uso del papel, que introduce en su diario vivir la reutilización, que no desperdicia los alimentos¹⁰⁶, que evita el almacenar teniendo muchas veces que tirar lo que sobra o se echa a perder. “Sabemos que se desperdicia aproximadamente un tercio de los alimentos que se producen, y «el alimento que se desecha es como si se robara de la mesa del pobre»”¹⁰⁷.

Una VC que resignifica la pobreza es liberadora, porque aprende a gozar con lo simple, disfruta cada momento, reduce su avidez acumuladora. “Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la ora-

¹⁰² Ibid., n.109

¹⁰³ Ibid., n.158

¹⁰⁴ Ibid.

¹⁰⁵ Ibid., n.214

¹⁰⁶ Cf. Ibid., n.161

¹⁰⁷ Ibid., n.50

ción. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida”¹⁰⁸.

Necesitamos desarrollar una espiritualidad cristiana que proponga un modo alternativo de entender la calidad de vida, que aliente un estilo de vida profético y contemplativo, que llena de gozo y alegría la vida. Esta espiritualidad nos lleva a una VC sobria, que sabe ser feliz con menos, que es más simple, que valora lo pequeño y agradece lo que la vida ofrece sin apegos y sin añoranzas¹⁰⁹.

¿Cómo podemos liberarnos de la “indiferencia consumista?”¹¹⁰ y proponer a nuestro alrededor acciones que mejoren el ambiente, sobre todo en las zonas más pobres, en los conglomerados urbanos marginales, de manera que todas/os podamos vivir más dignamente. Estamos invitados a unir fuerzas para mantener limpios nuestros espacios privados y públicos, cuidar las áreas verdes para el provecho de todas las fa-

milias, sembrar árboles que ayuden a disminuir la contaminación, y sobre todo, favorecer entre nosotras/os relaciones y vínculos de cordialidad. La “indiferencia consumista” mata muchas veces hasta el sencillo gesto de saludarnos, de preguntar cómo estamos, y nos lleva a atrincherarnos en nuestros nichos, teniendo miedo unos de los otros, agrediendo el ambiente, acumulando basura, descuidando la limpieza y la belleza que muchas veces se da en los ambientes más pobres y sencillos. Una VC resignificada trabaja en esto, sale de sí misma, cuida su entorno y se suma a las iniciativas que favorecen a nuestra Casa Común. Como dice LS, “necesitamos controlarnos y educarnos unos a otros”¹¹¹.

Por eso necesitamos, como VC, aprender a buscar “soluciones integrales” a la crisis socio-ambiental que estamos viviendo: “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobre-

¹⁰⁸ Ibid., n.223

¹⁰⁹ Cf.: Ibid.

¹¹⁰ Ibid., n.232

¹¹¹ Ibid., n.214

za, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”¹¹². Nos dice repetidamente el Papa Francisco que es una gran incoherencia el luchar por las especies en extinción, por un lado, y por otro no valorar al embrión humano, favorecer la cultura del descarte, marginar a seres humanos por clase social, raza, religión, etc.¹¹³. Una ecología integral es plenamente incluyente. En nuestras comunidades, en nuestras obras apostólicas, podríamos cultivar más la naturaleza, cuidar el agua que es un grave problema social, utilizar energías alternativas, asumir la cultura de la reutilización, etc... sin dejar de cuidar al mismo tiempo y sobre todo a mi hermana y a mi hermano e incluir a quien se margina o es marginado, no descartar a los ancianos y enfermos, asumir las pobrezas propias y ajenas, y combatir toda clase de pobreza que mate la alegría. A esto lo llama LS una “aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”¹¹⁴.

La pobreza que el Espíritu hoy nos llama a vivir, es una pobreza que cuida lo que es débil, que vive con alegría y autenticidad, que concibe una ecología integral. *Laudato Si* nos invita a tomar el ejemplo de san Francisco, lo cual nos vendría muy bien. Fue un hombre atento a la creación y a los más pobres y abandonados; un hombre alegre, entregado, generoso, con corazón universal, que vivió con simplicidad y en profunda armonía con Dios, con la naturaleza, consigo mismo, con los demás. “En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior”¹¹⁵.

María, la “pobre de Yahvé”, nos recuerda un rasgo muy importante de la pobreza que vivió Jesús: la humildad y la irrelevancia. La mayor parte de la existencia de Jesús no despertaba mayor admiración: “¿No es este el carpintero, el hijo de María?” (Mc 6,3). Asumió la fatiga del trabajo, un trabajo de artesano que tocaba

¹¹² Ibid., n.139

¹¹³ Cf. Ibid., n.91

¹¹⁴ Ibid., n.139

¹¹⁵ Ibid., n.10

continuamente la creación y la transformaba. Nos enseñó que el trabajo es camino de maduración y que en la medida que asumimos sus fatigas y las unimos a su cruz, nos vamos haciendo colaboradores con Él de la redención de la humanidad¹¹⁶. Seguramente desde niño aprendió de su padre José y de María su madre esta humildad y sencillez.

María, la joven sencilla de Nazaret, se llama a sí misma sierva, esclava del Señor (Cf. Lc 1,18). Ella es la mediación a través de la cual el Hijo se une a nuestra tierra¹¹⁷. Se proclama feliz, porque Dios “ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava” (Lc 1,48), además, reconoce la acción de Dios, en la vida que se va abriendo camino desde la pequeñez y la humildad: “Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada” (Lc 1,52-53). María aprendió del anonadamiento de Dios en su seno virginal, y al mismo tiempo enseñó al Hijo a vivir su *kénosis*. Nos enseña, como VC, a vivir la pobreza como compasión solidaria: “Así como lloró con

el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano”¹¹⁸. Como VC, necesitamos contemplar más a María, sus actitudes, para vivir este seguimiento de Jesús pobre a su manera.

Pidámosle al Dios de los pobres, que la VC sea mediación que “ayude a rescatar a los abandonados y olvidados de esta tierra que tanto valen a sus ojos”, desde una pobreza evangélica resignificada.

A manera de conclusión

La VC se sabe colaboradora de Dios en la obra de la creación y discierne continuamente, desde sus carismas, dónde y cómo debe servir al más pobre, a las personas discapacitadas, al cuidado de la vida en todas sus formas. Sólo en la medida que reconoce el valor de estas realidades, especialmente el valor de la persona humana, puede escuchar los gritos de la misma naturaleza.¹¹⁹ Cuando dejamos que el relativismo¹²⁰ permeee nuestra visión de la realidad, entonces relativizamos al mismo

¹¹⁶ Cf. Ibid., n.98

¹¹⁷ Cf. Ibid., n.238

¹¹⁸ Ibid., n.241

¹¹⁹ Cf. Ibid., n.117

¹²⁰ Cf. Ibid., n.123

ser humano y justificamos así el dominio indiscriminado sobre la naturaleza, sobre todo la esclavitud, la explotación, la trata de personas, la marginación, el descarte, que tienen relación directa con el ser humano y que generalmente van de la mano de una irresponsabilidad ecológica.

Necesitamos, como VC, entrar en el dinamismo de una “conversión ecológica”¹²¹ que movilice en todas y todos los consagrados un “cuidado generoso y lleno de ternura”¹²², que nos lleve a reconocer al mundo como un don recibido del amor del Padre, a tener actitudes gratuitas de renuncia y gestos generosos, a acrecentar una amorosa conciencia de estar conectadas y conectados a las demás criaturas, a contemplar al mundo desde dentro reconociendo los lazos con los

que el Padre nos une a todas/os y a desarrollar nuestra creatividad y entusiasmo para resolver los dramas del mundo¹²³.

Los consejos evangélicos resignificados desde LS nos confirman en una certeza: son las pequeñas decisiones cotidianas, concretizadas en las realidades más cercanas, las que pueden hacer la diferencia¹²⁴. A esto le podríamos llamar una mística ecológica.

Que el Espíritu Santo, con su creatividad y fantasía “que hace nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), suscite en la VC nuevos caminos de resignificación de los consejos evangélicos¹²⁵, de manera que podamos responder a *lo que Dios y la humanidad de hoy piden*¹²⁶, como nos invita nuestro querido Papa Francisco.

¹²¹ Ibid., n.n.217

¹²² Ibid., n.220

¹²³ Cf. Ibid.

¹²⁴ Cf. Ibid., n.179

¹²⁵ Cf. Ibid., n.238

¹²⁶ PAPA FRANCISCO, *Carta Apostólica a todos los Consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*, Roma, 21 de noviembre 2014.